

Juan Francisco Hernández

La tierra fría del desconsuelo

LHG



hespérides

JUAN FRANCISCO HERNÁNDEZ

La tierra fría del desconsuelo



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2025

© De los textos: Juan Francisco Hernández

Madrid, noviembre 2025

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Diseño de cubierta: *Patricia Romero* para La Huerta Grande

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-81-8
D. L.: M-15004-2025

Imprime: Gracel Asociados, C. Valgrande 15. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/ *Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

Enero, 1971

El paisaje cubierto por la blancura cegadora del invierno. En el cielo pálido, el sol brilla débilmente y traspasa los árboles, pero sus rayos no dan calor. La niebla espesa, arrastrándose por la parte baja del bosque, desdibuja las negras siluetas de los troncos. El viento gime entre las ramas. Algunos brotes verdes de hierba siguen aferrados a la tierra. Es la vida silenciosa que se niega a morir y emite un grito, un eco desesperado que solo algunos sabios logran escuchar en el corazón del bosque.

Los aserradores, envueltos en gruesos abrigos de invierno y gorros de lana, trabajaban arduamente en aquella sección del bosque.

Cada vez que aplicaba fuerza, Rowen escuchaba el sonido metálico desgarrar al tronco, junto con el jadeo de su respiración. «Es como meditar», le dijo Arno, el día que comenzó a enseñarle el oficio. «Una lucha contra las fuerzas de resistencia que requiere sincronía, armonía y respeto. Para el tronco, la lucha está perdida de antemano y, a pesar de ello, sigue oponiéndose».

Arno era un viejo aserrador, con manos callosas y rostro arrugado, marcado por años de trabajo duro. Llevaba una cami-

sa de franela roja que dejaba al descubierto sus brazos musculosos y cubiertos por una capa de hirsutos vellos blancos. Parecía un Papá Noel corpulento, con la mirada serena. Rowen y Arno habían entablado una profunda amistad. El anciano le regalaba libros que ya no leía, incluyendo poesía, narrativa, filosofía y libros sobre el comunismo, ideología política que profesaba. Iba a jubilarse, pero no pensaba dejar de trabajar. Tras su retiro, montaría un pequeño taller y haría trabajos de carpintería. Arno aseguraba que él, solo, era capaz de fabricar desde un ataúd hasta un barco.

Sin duda, a pesar de la diferencia de edad, a Rowen le resultaba más sencillo ser amigo de Arno que de los demás trabajadores del aserradero, con los que tenía poco en común. En realidad, siempre se sintió un marginal, una especie de astronauta en la Tierra.

Sí, le gustaba trabajar en ese lugar; ahí, el tiempo huía entre los árboles. Era agua que cabalgaba a lomo de un tigre frustrado.

Rowen tenía pelo castaño, ojos grises y mirada arisca, rencorosa y profunda. De complexión delgada. Solía estar desgarrado. En una ocasión en la que Franck, su padrastro, no estaba en casa, escuchó que su madre hablaba por teléfono con algún extraño pariente, como eran extraños para él casi todos sus parientes, y lo describía como a un joven guapo, casi tan guapo como el mismo padre de Rowen, pero de un modo distinto, más corriente, orquídea pisoteada en un estercolero. Nunca le dijo nada a su madre acerca de lo que escuchó, pero le caló hondo.

Estaban concentrados en su tarea, troceando el tronco, cuando escucharon, a cincuenta metros de ahí, la potente voz de Franck.

«Chute d'arbre! Chute d'arbre!».

Una cuadrilla de aserradores estaba a punto de derribar a otro de esos gigantes del bosque. Rowen y Arno dejaron encajada la sierra sobre el tronco y observaron al grupo despejar el terraplén. Antes de talar cada árbol se formaba un silencio profundo, era el respeto de los aserradores al espíritu de la naturaleza y a las criaturas que sacrificaban.

El sabor del aserrín persistía en la lengua de Rowen. Un sabor familiar, luego de haber pasado largos meses en aquel bosque. Con los dedos limpió el sudor de su frente, sacó del bolsillo de la camisa un cigarro Pall Mall, lo encendió y se puso a fumar. El humo gris se mezclaba con el vaho blanco y nebuloso del inquietante bosque.

El pino que habían elegido daba la impresión de tener una estructura inquebrantable. El motor de la motosierra rugió. El aserrador hizo dos profundos cortes en un costado del tronco y otro menos profundo en el otro lado. Se apartó y levantó la vista. El infinito mundo de hojas empezó a caer y, en su viaje, un sonido suave y crepitante atravesó el aire. Hasta que el tronco, en medio de un fuerte estruendo, cayó sobre la tierra húmeda, dando forma a un espectáculo cargado de inconsolable dolor y belleza.

Rowen, con un movimiento brusco, dejó caer el cigarrillo aún sin terminar. Nunca los fumaba hasta el final, por razones que él mismo desconocía. Lo pisó y giró el pie sobre el suelo para apagarlo con más rencor que placer.

La imponente figura de Franck, con sus rasgos metálicos y afilados y siempre con el ceño fruncido, atravesó el lugar donde había caído el árbol. Impartía órdenes frías y secas.

—¡A trabajar! Que ese tronco no se va a cortar solo. Tiene que estar seccionado en cuatro partes a la hora en que llegue el transporte.

Luego murmuró algo inaudible y prosiguió su rutina, que consistía en pasar por donde estaba cada cuadrilla de aserradores y reprenderlos.

Rowen y Arno volvieron a poner las manos sobre los mangos de madera de la sierra.

—¿Siempre es así? —le preguntó Arno.

—Es un hijo de puta —respondió Rowen—. Vivió la mitad de su vida en una base militar americana y nunca logró ascender. Se quejaba de que los oficiales lo maltrataban. Así que en casa era un cabrón.

—Supongo que descargaba toda su frustración contigo.

—Me rebajaba todo el tiempo. Lo peor llegó cuando abandonó el ejército y pasó un tiempo desempleado. Aquí, de capataz, igual a un sargento degradado anda a sus anchas.

De cada lado del sendero había altas pilas de troncos listos para ser vendidos a las empresas madereras. Una ráfaga de luz se filtraba a través de los árboles, iluminando el rostro de Rowen. Era como un fresco medieval.

—Deberías irte a Suecia. Llévate a tu novia y a tu hija. Allá están los mejores aserradores. Ese país es un paraíso, un gran lugar para vivir y no solo para sobrevivir como lo hacemos en este agujero de malos bichos.

Escuchar la posibilidad de irse del país le entusiasmaba. Con frecuencia, pensaba que tenía que salir de la ciudad donde vivía y buscar algo más. El mundo era demasiado grande para conformarse con la miseria de lo que le había tocado por destino.

Al final del día, Rowen subió al coche de Franck.

Trabajar con su padrastro era el precio que tenía que pagar por tener un techo ruinoso donde malvivir, mientras ahorraban y encontraban algo mejor.

Algunas veces habría deseado que Franck, simplemente, desapareciera.

—Voy a llevarte a un lugar —dijo Franck, y se desvió de su ruta habitual. A Rowen le pareció extraño; nunca lo llevaba a ningún sitio que no fuera de la casa al trabajo y de regreso.

El cielo estival tenía un tono gris apagado y sucio. Las fábricas abandonadas se extendían por toda la periferia de la ciudad. Una ciudad sin alma, sin mucho color. Todos los que habíamos nacido ahí teníamos el alma gris, más que oxidada, era una especie de hollín sin sentido. La industria del acero, antes próspera, languidecía, dejando numerosas cáscaras de viejas fábricas demolidas, repletas de maquinarias, tubos y fierros oxidados, masacrados por el tiempo y la indiferencia de los hombres que no sabían cómo reutilizar esos materiales. El aire invernal estaba contaminado. El río Sambre se había llenado de residuos tóxicos. A todas luces, aquella localidad se estaba quedando fuera del tiempo, al margen de la modernidad. Las incesantes humaredas de las chimeneas aún existentes provocaban que las fachadas de tabique y las bardas de los predios baldíos se hubiesen ennegrecido, eran casi casas o chabolas chuecas que cuando llovía lloraban su dolor tartamudo y su miseria sin brillo.

Franck condujo por angostas, oscuras y sórdidas callejuelas, hasta ingresar en un barrio de clase obrera, lleno de hileras de viviendas idénticas, construidas con depravada sencillez.

Mientras se adentraban en las callejuelas estrechas, Rowen observaba a las pocas personas que permanecían frente a sus casas fumando o mirando hacia las aceras vacías y húmedas, o que caminaban por el lugar con una expresión vulnerable en sus rostros y se preguntaba si alguna vez fueron alegres y prósperas, o si siempre habían estado tan deprimidas y desesperadas como ahora.

Finalmente, se detuvieron en una esquina, frente a una taberna.

—¿Qué hacemos aquí?

—Vamos a beber unas cervezas.

—Está bien —dijo Rowen, inclinando la cabeza hacia un lado y entrecerrando los ojos.

Entraron en el local: un lugar poco iluminado con papel pintado despegado y el suelo sucio. Se percibía un hedor a lúpulo, humo y cerveza rancia. La presencia de Franck atrajo la atención del hombre que estaba detrás de la barra; un individuo con sobrepeso, aspecto cansado y círculos oscuros bajo los ojos. Más que un hombre era un simulacro salido del infierno o, por lo menos, de algún circo donde nunca hubo público.

—¡Esto sí que es una sorpresa, Francky! —lo saludó efusivamente—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí? Si no fuera por el parecido que tienes con tu padre, ni siquiera te habría reconocido. Te hiciste viejo.

—¿Y qué decir de ti, Albert? Te has puesto como un león marino.

Albert abrió la boca muy grande, luciendo una horrible sonrisa a la que le faltaban casi todos los dientes.

—¿Qué les sirvo para beber?

—*Deux pintes*, Albert.

Franck eligió una mesa esquinada, desde la cual podía verse la calle. Sobre la barra, se oía el ruido amortiguado de un televi-

sor donde se transmitía un interminable partido de fútbol. Los clientes que bebían estaban desaliñados, tenían los hombros encorvados y los ojos cansados y melancólicos. Eran la escoria humana, las bajas colaterales que toda guerra del hombre contra el hombre deja. La economía solo amparaba a unos pocos, dejando a los otros en la pobreza o la miseria.

Llegaron las dos cervezas, rebosantes de espuma. Franck empezó a hablar. Atento y desconfiado, Rowen lo escuchaba.

—Crecí en esta calle, entre tabiques que marcaban porterías. Jugaba al fútbol con hijos de inmigrantes italianos. Esos pobres hombres llegaron a este país engañados con promesas de una vida mejor y se enfrentaron a un trabajo inhumano en las minas. Cuando regresaban de trabajar, sus ojos blancos resaltaban en sus rostros, ennegrecidos por el carbón, y muchos murieron jóvenes, a causa de enfermedades pulmonares. Éramos la única familia no inmigrante del barrio, la casa que habitábamos estaba del otro lado de la calle y había pertenecido a una de esas familias. El padre murió después de toser noche y día, impregnando las paredes con su dolor y el de los suyos. Mi padre bebía ya por entonces en esta misma y miserable taberna, todos los días, absolutamente todos los días. Murió de cirrosis a la misma edad que yo tengo ahora. Muy pronto seré más viejo que él. ¿No es extraño? ¿No es inquietante?

Rowen no supo qué responder.

Franck había estado en la vida de Rowen desde que era muy pequeño, pero tenía pocos recuerdos amables y buenos con él.

Mientras le daba el primer trago a su cerveza, recordó que Franck y su madre, cada año, lo llevaban al circo. Una vez, cuando terminó la función y llegaron al aparcamiento de tierra aplanaada donde habían dejado el viejo automóvil de Franck, dos perros bravos se acercaron a ellos. Ladraban con furia. Rowen sintió miedo. Su madre lo cogió del brazo y lo metió al vehículo.

Franck, en cambio, se quedó fuera, desafiando a los animales. Les gritaba y les hacía gestos amenazantes. En un abrir y cerrar de ojos, se abalanzó en contra del perro más bravo y lo pateó con una saña que Rowen nunca pudo olvidar. El golpe fue tan duro que el animal se quedó aullando en el suelo. El otro perro huyó y salió despavorido. En el aparcamiento, un hombre increpó a Franck por pegarle al perro. Franck amenazó con golpearlo también. Durante todo el regreso a casa, Franck se ufano de su gloriosa *hazaña*. Sandrine, la madre de Rowen, no decía nada, solo lo miraba con cierto desdén.

Albert salió de la trastienda llevando otras dos cervezas heladas a la mesa. Rowen encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Franck.

—He visto que no solo fumas de estos cigarrillos. Siempre que sales, según tú, a tomar aire fresco, regresas con ese tufo dulzón y terroso. Te crees muy listo, ¿verdad? Te crees un hippie.

—No.

—Pues no. Claro que no. Tú no eres un hippie. Ellos, al menos, dicen que luchan por algo. Pero tú, ¿por qué luchas? Solo eres un chico de la clase obrera, sin mucha cultura y sin ideales, que decidió abandonar la escuela y que no sabe controlarse.

—Solo fumo uno de esos cigarros, de vez en cuando.

—Eso es lo que fuman los vagos.

—Yo no soy ningún vago. Trabajo todo el día en el aserradero. Te consta.

—Eso es porque me harté de que no hicieras nada y te puse a trabajar. De no haber sido así, seguirías rascándote los huevos, tirado en tu cama, todo el día.

—Me gusta lo que hago.

—A ver, dime, ¿cuántos años tienes ya? ¿Diecinueve?

—Sí.

—¿Y tu novia?

—Diecisiete.

—¿Sabes que su padre te podría denunciar? Todavía es menor de edad. Los militares americanos gozan de cierta influencia en este país. Tienen conexiones.

El padre de Candy era un coronel en la base estadounidense donde trabajaba Franck. Cuando todavía era militar. Candy le ocultó su relación con Rowen y, en cuanto quedó embarazada, se la llevó a la casa de Sandrine.

—Lo trasladaron de vuelta a Estados Unidos. No sabe en dónde estamos —dijo Rowen.

—Yo podría decírselo.

—¿Lo harías?

—No, claro que no. Bueno, depende. Pero dime, ¿por qué no te pusiste un preservativo? A tu edad, ¿sabes a cuántas chicas podrías conocer y tener todavía?

—A mí me gusta ella.

—Pero no era necesario que tuvierais una hija. Podríais haberla abortado.

—Candy proviene de una familia muy religiosa. No quiso hacerlo.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Sabes que hay conventos, donde puedes dejar a tu bebé con las monjas? Ni siquiera tienes que ver a las religiosas. Lo dejas y te vas o la amarras a un árbol cercano a la entrada del convento y con el llanto de la criatura ellas salen a recogerla y consolarla. Ellas habrían dado a tu hija en adopción a una familia que la cuidaría mejor que vosotros. Tal vez todavía la acepten.

—No la llevaremos. Queremos darle la oportunidad de tener unos padres. A sus padres; nosotros. La amamos, Franck. La amamos.

—No he dicho lo contrario.